

¡PIEDAD!

¡Piedad!... Evocación ahuyentadora de odios, conjuro de sanguinarias pasiones, lenitivo de la devorante sed de venganzas, bálsamo de sangrantes heridas que laceran las almas envueltas en un inmenso piélago de dolor y de lágrimas arrancadas, ora por la desesperación que ofusca, ora por la enervante rabia que causa la inerte impotencia, ora por el amor ofendido y por la ignorancia y la ingratitud mal correspondido.

¡Piedad! Virtud que al tocar las más íntimas fibras del sentimiento y adentrándose en los más recónditos senos del alma, endulza el acíbar de las penas, enjuga y seca las fuentes de donde brota el veneno que mata los más nobles impulsos del corazón, transmitido por ella en un manantial inagotable de compasión.

¡Piedad! Eco divino transportado en las ondas que produce el aliento salido de la boca de Dios, lleva raudales de dulcedumbre que vierte en las almas amargadas por la tribulación y resuena con sonoridad misteriosa en los oídos de cuantos absortos y con la mirada fija en la adorable Efigie del Crucificado, contemplan en ella la Víctima del Gólgota, sacrificada en aras de esa misma Piedad para con la Humanidad prevaricadora.

(Continúa en otra página)